

Perderse para encontrarse

Pável Granados

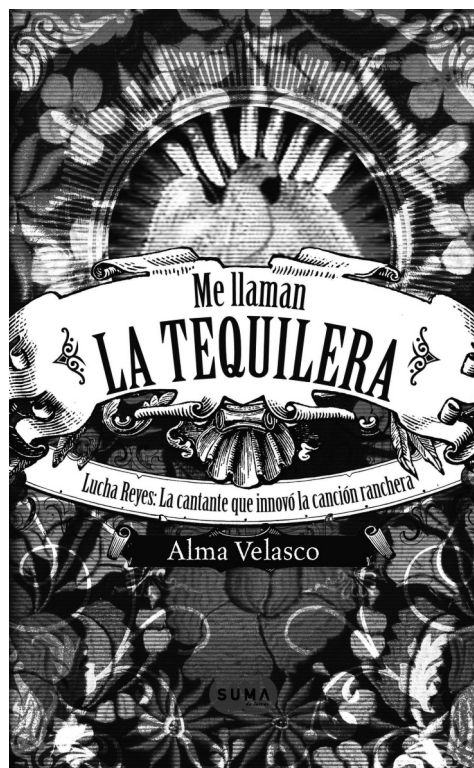
Más que una novela o una biografía, *Me llaman la tequilera* es una escritora, Alma Velasco, interrogando la voz de una mujer legendaria, Lucha Reyes. Para perseguirla, para no dejarla ir, Alma se vale de todos los recursos posibles. En este libro habla la propia cantante, ya muerta, en un monólogo que va dirigido a sí misma; hay escenas fundamentales de su vida recreadas narrativamente, diálogos que pretenden quitarle a Lucha el obsesivo sufrimiento al que estamos acostumbrados, para hacer de ella un personaje que disfrutó la vida quizá más de lo que generalmente aceptamos y más de lo que la sociedad de su tiempo estaba dispuesta a permitirle a una mujer. Hay asimismo una especie de *collage* con recortes periodísticos, y una voz omnisciente que va aclarando el contexto en el que vivió la cantante. Y una técnica que es un homenaje a la radionovela, al documental, pero también juega con los puntos de vista pues adquiere diversas perspectivas para acercarse al mismo personaje. Entre ellos, el más notable es el monólogo: un soliloquio seguramente sin espectadores, una voz fuertemente arraigada en sí misma, un puño apretado que sostiene toda su existencia y que va desgranando sus propias vivencias. Es una voz que va dando cuenta de sí desde una perspectiva definitiva. Basta de especulaciones, parece decir. Esta voz a la que tanto tiempo hemos perseguido, que tantas veces se nos ha desvanecido entre las manos, que tantas veces ha pinchado con fuerza en nuestros espíritus y al percatarnos de ese dolor repentino sólo hemos visto una niebla que rápidamente se disuelve, esa voz que tantos años ha revoloteado alrededor de nosotros, de pronto, es como si en esta novela dijera: *me voy a detener un instante,*

pero sólo uno, a rendir cuentas sobre mí, para luego persistir en lo de siempre, que es cantar. El monólogo es la obertura y el hilo conductor:

Nunca me gustaron las preguntas... cállense todos... Pasa que de repente sientes que el hilo se hace delgado... muy delgado... el alma deja de comer... ése es el momento, te vencen las ganas de perderte, de irte lejos de lo que te duele... A veces piensas en tu niñez llena de roturas, en los amores torcidos, arruinados tantas veces, en los hijos que ya no tuviste en el vientre... y un día, ya no quieres pensar en nada... las ilusiones se te vuelven hilachas... y esa sensación de soledad, de ya no servirle a nadie, ni a ti misma... me hastían las adulaciones inútiles... y cuando las luces del escenario se apagan, la burbuja de la magia se revienta y te llevas otra vez... otra vez más... el cuerpo cansado a la habitación sola, arrastrando memorias de pesadilla, pedazos de ti, como un espejo roto que en mala hora... y que si los quieres juntar nomás te rasgan. Morir es como una promesa: ya no vas a volver a llorar... nunca... nunca...

Porque se tiene que elegir: o se vive o se ve vivir, pero es casi imposible seguir los dos caminos. Alma Velasco plantea a ese personaje que optó por vivir, que se decidió por la volatilidad, porque es posible la plenitud, es cierto, pero se tiene que sacrificar todo al instante. Y Alma ha escuchado la voz de Lucha con constancia, como el psicoanalista escucha a su paciente: para escuchar lo que dice además de todo lo que dice. Alma, cantante profesional, se ha dado cuenta de que el primer componente de la voz de Lucha es el gozo, la actitud triun-

fal, la satisfacción de poseer una voz que mana como una fuente. No debió de ser fácil, Alma Velasco debió de haber hecho corajes y tragado bilis. Lucha debió de haber cantado por gusto, y no haber perdido nunca la oportunidad de lucir su estilo, de compartir generosamente su repertorio. Muy probablemente al grado de sacrificar su propia salud. La frase *Perderse para encontrarse*, en el caso de Lucha era completamente cierta, pues fue su manera de renacer y de convertirse en la voz que era como un fénix salido de sus cenizas. Y el suicidio... bueno, digamos que no pudo renacer por segunda vez. O que renacer en su caso es un término completamente distinto, pues estar aquí escuchándola, dialogando con ella es otra manera de saberla presente. Además, el suicidio es una apuesta, contrariamente a lo que se piensa, buscar el suicidio es apostar con la vida, lanzar una moneda al aire porque uno quiere vivir, pero quiere saber si la vida lo necesita, si las leyes que están detrás del azar están del lado de uno, es lanzar la moneda al aire y decirle a la vida: sálvame. En el caso de Lucha no fue así. La moneda cayó del otro lado. Del lado que silenciaba una vida. Es bastante fácil demostrar la existencia del destino: de no existir todos seríamos libres para hacer lo que quisiéramos. Y el destino evita precisamente todo eso. Y para entender lo que seguramente pasó en Lucha se debe de escuchar con ella esa voz que a los artistas les dice: *ven, estás llamado a...* No sabría decir de dónde proviene esa voz, pero sé que la escuchan todos los artistas, incluidos los mediocres, y los cuales trabajan con la misma obstinación pero con distinta paga por parte del porvenir. El caso de Lucha Reyes es distinto porque la cele-



Alma Velasco

bridad por alguna razón también ha opacado su vida. Lucha no es dócil en casi ningún aspecto, se eriza si se le quiere acariciar, pero es aun más difícil a la hora de entregar su verdad. Quizá por esa proclividad a vaciarse en el instante, a una falta de conciencia en su propia importancia o por una fe en la perennidad de la vida, pero Lucha parece llenar imponentemente el momento, como si no tuviera orillas. Su voz era una especie de promontorio desde donde se puede apreciar mejor la canción de su tiempo, ya que el punto más alto siempre fue ella. Ascendió, ascendió, llegó a un esplendor, y de pronto: silencio. O no: más bien, una voz independiente de una persona. Pero, ¿y la persona? Ésa es la que no se entrega, la que por alguna razón sigue siendo un misterio. Y miren qué es lo que hace Alma Velasco: decide construirla por medio del lenguaje, por medio del interrogatorio minucioso a su voz y a su estilo. Eso está en el libro, eso lo podrán saber: que la voz se fue en dos ocasiones, primero en su infancia, y luego en Alemania, después de una infección (o de una formación de nódulos). Los objetos no hablan por sí mismos, hay que interrogarlos porque las preguntas los violentan y los hacen decir cosas que de otra manera no podrían articular, como que una pregunta amolda los objetos y les va dando forma de respuesta. Ni siquiera una voz

dice nada si no se le cuestiona. Así que Lucha pasa con su interpretación arrasando a los que la escuchan. Hay que decirle: *De-tente*. Insisto en esto, aunque parezca obvio cuando se lea: que Alma se concentra largamente en hacer la biografía de una voz, no nada más en su poseedora. Renace de una infección y crea un estilo. Un estilo nada sencillo, y prácticamente sin antecedentes precisos, un estilo que equivale a cantar a grito abierto —el término se lo escuché al arquitecto Fernando González Gortázar, quien también dijo—: “Es un estilo cuidado, pulido. Un estilo difícil y virtuoso”.

El estilo llama a su repertorio. Y Lucha, creadora de una manera de cantar, una manera de irrumpir en el espacio musical, necesitaba un repertorio que no estaba escrito. Comenzó interpretando las mismas canciones de duetos como Ray y Laurita, luego: canciones todavía sin una personalidad propia, con muy poco encanto. Pero el género se tenía que ir forjando, creando su propia manera de ser. La canción ranchera es un invento de la ciudad, un canto a lo que quizá nunca fue, es decir, la descansada vida de la provincia. Se añora sólo porque nunca se le volverá a ver. Y se le inventa. La canción ranchera es una visión del campo hecha desde los cafés de la Ciudad de México, desde los estudios de la XEW. Y va inventando no sólo una geografía fantástica, sino

una forma de ser. La fórmula se va haciendo compleja y va perfilando un carácter, como si sólo ahí cupieran la nacionalidad y sus símbolos. Pero lo curioso es que de ahí sólo se hayan extraído ciertas enseñanzas, como el complejo de inferioridad, como si estas canciones al alejarse de las características normadas de la mexicanidad fueran menos auténticas. Lucha no tuvo complejo de inferioridad, eso no se asoma ni en su vida ni en su música. No fue sólo un canto a la tragedia y a la autodestrucción, como muchas veces parece serlo. La felicidad también tiene parte en su vida y en su repertorio. Todas sus interpretaciones son lucha de contrastes porque, en su caso, la carcajada se parece al aullido. La canción ranchera desde entonces y hasta ahora no ha pasado de los límites que le impuso la voz de Lucha Reyes: no más alegre ni más desgarrada. Pero curiosamente sólo se le han extraído moralejas pesimistas. Sólo se le ha derivado un mexicano que alaba al campo y odia la corte, que convierte en tragedia su vida cotidiana y que sólo se satisface en la autodestrucción. Pero Lucha va bastante más allá de eso, porque con la misma fuerza interpretativa se carcajea tanto que llora. Para ayudar a su estilo, fue haciéndose de un repertorio creado fundamentalmente por Pedro Galindo (*El herradero*, *Cuquita*, *Tú dirás*), Alfredo D’Orsay (*La tequilera*), Felipe Bermejo (*El corrido de Chihuahua*), Manuel Esperón (*Ay, Jalisco, no te rajes*), Pepe Albarrán (*¡Ay, mamita!*), Severiano Briseño (*Caminito de Contreras*, *Los tarzanes*), Gilberto Parra (*Por un amor*), Charito Ortega (*Tu chinampa*), Fidel A. Vista (*La mensa*). Curiosamente, no está incluido Pepe Guízar, ajeno completamente a esta voz. Y estaba Manuel R. Piña, el autor de *Pobre changuita*, todo un mural de la ideología, el humor y el léxico de los años treinta:

No te hagas rosca ni te hagas la
[interesante,
ni me presumas de lo que tú nunca has
[sido,
pobre changuita, cuatro meses te he
[tenido
bien vestida y bien polveada,
con naguas de pura seda
y tus zapatos de charol.

Y hoy ¡ja jál!, y hasta me río y me carcajío,
Y hoy ¡ja jál!, ay, por esa changa tan
[malora,
y ahora sí hasta el bocado se me atora
de pensar en lo que cuestan
los zapatos y las medias
y zapatos de charol.

Hoy ya no quieres ir al cine de a peseta
pos porque dices que allí va gente pelada,
pobre changuita, ora sí estás amolada,
no te acuerdas prieta endina
que fregabas la cocina
siendo gata del patrón.

Todo en Lucha Reyes tiene aroma del estreno, todo provoca una sensación inaugural, todo aparenta ser una escenografía recién puesta para la admiración: Guadalupe, Tlaquepaque, Chihuahua, Sonora. Sin duda, con sus caciques y sus limitaciones, el México de entonces está más cerca de la utopía que el de hoy. Musicalmente, la construcción de la canción ranchera tuvo un camino más o menos directo hacia el mariachi, aunque muchos de los acompañamientos de Lucha fueron hechos por la orquesta de Armando Rosales, sostenidos por el salterio y el piano. Con su muerte, Lucha dejó las bases de un género que estaba por construirse. *Por un amor* es un momento de la derrota, un muro que no tenía más allá: Lucha y su vida quedaron del otro lado de esta canción, derrotadas. Pero la música ranchera siguió su camino: Manolita Arriola, la Torcacita, Juanita Escoto, María Luisa Bermejo, Guadalupe la Chinaca... Sólo volvió a aparecer otra voz con una personalidad comparable hasta diez años después, cuando Lola Beltrán comenzó su carrera. Pero Lola fue una cantante deudora de Lucha, una continuadora. Cómo no grabó Lucha las canciones de Agustín Lara, cómo no conoció a José Alfredo Jiménez. Lucha dejó de pertenecer a ese mundo musical poco antes del alemanismo, de la modernidad urbana. Fue contemporánea de Jorge Negrete, un poco menos de Pedro Infante, quien apenas unos años más tarde grabó el primer bolero con mariachi, en 1949. Pero Lucha, en 1940, grabó un “bolero ranchero”, *Pensando en tí*, con la orquesta de Manuel Esperón, así que hay mucho en ella de precursora. Cla-

ro, hay mucho de promesa trunca, y de fin de una época, porque el estilo de Lucha tiene mucho que ver con la concepción escenográfica del teatro de revista. Pero también con un género impuesto por el gobierno de Cárdenas, quien impuso un mínimo porcentaje al jazz en la radio mexicana para favorecer la música nacional. Su inexistencia fue otra de las razones para crearla. Al morir, en 1944, terminó una etapa. Y ella fue precipitándose al olvido, tuvo una etapa de desconocimiento. Pero no sólo le ocurrió a ella, ha sido un fenómeno de toda una manera de concebir la música, la interpretación, el acompañamiento y la composición. Seguramente resurgirá; ya este día es una muestra de ello. Lucha es, junto con muy pocas cantantes mexicanas, una representante de un país, como lo pueden ser Billie Holiday, Marlene Dietrich o Edith Piaf. ¿Será que algo se marchitó al morir ella? Es algo que de cualquier manera revive al volver a escucharse su voz grabada. Pero algo que está más allá, del lado de la nostalgia, algo que no nos toca, sí se ha apagado, su tiempo se quedó sin ella, y ella fue quedando atrás, algo que es el estilo de una época pasó con Lucha. Casi puede decirse como epitafio a su voz y a su tiempo:

Quieren morir tu ánima y tu estilo,
cual muriéndose van las cantadoras
que en las ferias, con el bravío pecho,
empitonando la camisa, han hecho
la lujuria y el ritmo de las horas.

No todo ha sido comprensión. Alma me preguntó hace poco: “¿Qué tiene Lucha Reyes que nunca se entrega del todo a los que la buscan? ¿Por qué siempre hay que estar asediándola?”. En su novela, Alma reconstruye, con base en evidencias, la vida de Lucha. Le da voz, le da un mundo. Nos la reintegra. Lucha y la relación con su madre. Lucha y la tentación de la muerte. Lucha y la esterilidad. Lucha y los fracasos amorosos. Pero también: Lucha y la alegría de cantar. Lucha y el alcoholismo como un placer ambivalente. *Me llaman la tequilera* es una imaginación fundada, es decir: un ejercicio también de especulación. Porque se han hecho ejercicios de “invención” pura, como la cinta *La reina de la noche* de Arturo Ripstein, quien ha

confesado no haberse interesado en el personaje. Afirma el director:

No desmitifico, sino mitifico más la figura de una cantante no demasiado conocida en México, recordada. En realidad, la historia que se cuenta en esa película es la de la mamá de Lucha Reyes. Hasta que nos encargaron esta película, que es otra de las de encargo, nos pusimos a ver quién era. Lo que nos pareció más interesante es la mamá de Lucha Reyes, este amor tan desconsolado que hace que la madre le pida a la hija que, para el sosiego de ambas, una muera. El acto supremo del amor, llegar al recuerdo.

Todos los que estamos aquí esta noche teníamos una cita desde hace muchos años. Definitivamente no se dijo en 1944: nos vemos en sesenta y ocho años. Pero Lucha dejó pendiente una cita. En mi caso estoy aquí, porque me pasaron la estafeta. Mi abuelo me heredó su admiración desmedida por Lucha. Todos los domingos, en su carro, escuchábamos un *cassette* en el camino a su pueblo, Villa del Carbón. Cuando tenía dieciséis años, él la conoció en Los Cocoteros, el centro nocturno del Hotel Waldorf Astoria. Mi abuelo trabajaba como ayudante de cocinero. Todas las noches le servía su primer tequila antes de que ella saliera a cantar. Y ella le regaló una foto a colores, autografiada, que él toda la vida conservó. Si yo lo vi contento fue con la música de Lucha. Bueno, también triste. Llego aquí con una estafeta, he dicho, la abro y está desmoronada por dentro. No hay palabras en la admiración que he heredado, así que yo mismo me he tenido que construir la mía. Que esté yo entre los selectos nombres a los que Alma dedica esta magnífica obra, me emociona. Pero también me hace pensar que la amistad y la admiración que sintió mi abuelo, ese joven de 1938, por Lucha Reyes, ha llegado a su meta, es decir, a esta noche en que se la entrego íntegra. **U**

Alma Velasco, *Me llaman la tequilera*, Suma de Letras, México, 2012, 400 pp.